

mos propuesto desenvolver é inculcar en estas lecciones dominicales; solicitud tanto mas importante, cuanto es ménos la atencion que comunmente se le tiene. ¿Qué hay en nosotros que no dé entrada á los vicios? ¿Y quién hay que se fatigue en desarraigarlos? Por los oídos y por los ojos nos entra el mal desde niños; tan derramado está este contagio funesto, que casi con el aire lo respiramos. Nuestros primeros pensamientos tal vez fueron pecaminosos. Si recordamos nuestra primera edad, veremos con vergüenza y dolor, que desde entónces comenzamos á pecar, y no cesamos á pesar de conocer que no hay hombre digno de aprecio sino el que es cristiano, ni ciencia mas necesaria sino la que encamina á la perfeccion. A la verdad no son cosas indiferentes y de poco momento una inocencia que debemos conservar, ó recuperar si tuvimos la desgracia de perder: una religion que se ha de practicar: una felicidad eterna porque habemos de aspirar, y un infierno que debemos temer. ¡Ojalá que tanta multitud de costumbres extravagantes totalmente se aboliesen, y ocuparan su lugar los cuidados que exige nuestra salvacion! La religion nos repite que nacimos para ser dichosos, y nosotros somos realmente insensatos y aun dementes si para serlo, no empleamos todos los medios posibles. Y bien, ¿cuáles son estos medios sino la exactitud en cumplir todos los preceptos de la ley?

Si comparamos, pues, nuestra conducta con estos; si echamos bien la cuenta y vemos lo que tenemos y lo que nos falta, hallaremos sin duda que aun despues de habernos propuesto seguir á Jesucristo, casi todo lo que hay en nosotros es sombra de virtud ó ilusion de falsa justicia. Encontremos que lo que tenemos no es mas que un gustillo de Dios que quizá puede ser mas de carne que de espíritu. ¿Y con esto estaremos ya seguros? Cuidado con decir como el fariseo: *Yo no soy como los otros hombres*; porque no obran ó piensan como nosotros pensamos, estando por otra parte llenos de amor propio y de todos los defectos y pasiones que hasta aqui hemos expresado: de modo que todo nuestro caudal se reduce á decir: ¡Señor! ¡Señor! y no hacer su voluntad. Esto es imitar la falsa justicia del fariseo, y tener la tibieza de aquel que segun el Apocalipsis arrojó Dios de su boca.

Domingo de Septuagésima.

Se llama Dominica de Septuagésima la primera de las tres que preceden al primer Domingo de Cuaresma. Antiguamente comenzaba en él la Cuaresma, y en el hoy dia comienza la Iglesia á prepararse por la penitencia para celebrar la fiesta de la Resurreccion. El nombre de *Septuagésima* que se ha dado á este Domingo, si se toma literalmente, parece que denota una época de setenta dias: así han intentado explicarlo la mayor parte de los autores litúrgicos. Pero sin ir á buscar misterios donde tal vez no los hay, se puede decir, que como el primer Domingo de Cuaresma se llama Cuadragésima en el lenguaje de la Iglesia, se ha querido guardar el órden de los nombres por decenas, y se han nombrado Quincuagésima el Domingo que precede al primero de Cuaresma; y Sexagésima y Septuagésima los dos Domingos precedentes á la Quincuagésima. Acerca del espíritu con que la Iglesia ha consagrado estas tres semanas que preceden á la cuaresma, es indudable no ser otro que el de prepararnos con el retiro, con los ejercicios de caridad, con el uso de los sacramentos y con la oracion, á entrar fructuosamente á la observancia cuadragesimal ó práctica de la cuaresma, en atencion á que el mérito que se puede lograr en este tiempo de penitencia, seria perdido para aquellos que estuviésen en pecado mortal; y esta es la razon porque el sabio Teodulfo, obispo de Orleans, dice en una carta pastoral, que uno de los principales medios que conviene ponerse en estas tres semanas de preparacion, es el de confesarse sacramentalmente, para que purificados los fieles por la confesion, logren en la cuaresma mas abundante fruto de penitencia.

La epístola que se lee en la misa de este dia es muy á propósito para apartar á los fieles de esas diversiones profanas del Carnaval con que el demonio ha querido frustrar las saludables miras de la Iglesia, atrayendo á los cristianos á la disolucion y á los excesos de la gula. Esta epístola está sacada del capítulo IX de la primera de San Pablo á los corintios: en ella el santo Apóstol exhorta á los fieles á la mortificacion y á la penitencia, y se sirve del ejemplo de los que para correr en el palenque ó habilitarse en la lucha, se dan á una vida austera, y esto para conseguir una corona que se marcha al mismo dia: con este ejemplo anima á los cristianos á mortifi-

carre y á domar sus cuerpos con la penitencia para conseguir de este modo la corona inmortal, la recompensa eterna. Los atletas que se ejercitaban para estos combates, se abstienen de todo lo que podía disminuir sus fuerzas y hacerlos ménos ágiles. Vivían á continencia, y guardaban un régimen de vida muy frugal, y propio para endurecer y fortalecer el cuerpo: comían poco, y alimentábanse solo de viandas muy comunes: no bebían vino, dormían excasamente y huían de toda delicadeza. A la verdad, nada abrevia tanto la vida ni gasta la salud, como el regalo y el uso de los placeres. Proponiendo, pues, el Apóstol esta comparacion, y hablando de los atletas, dice: todos corrían juntos y á un tiempo; pero uno solo alcanzaba el premio, el cual no era otra cosa que una corona hecha de ramos de olivo ó de mirto, de encina, de laurel ó de apio. Eran por tanto cosa bien feble y corruptible estas coronas que hacían toda la gloria y premio de tan fatigosos combates. Por lo que á mí toca, dice el Apóstol, yo corro, no como á la ventura, sino como á una victoria cierta, y por una corona que pueden conseguir muchos á un tiempo, sin que por multiplicarse los vencedores pueda disminuirse la recompensa. Yo peleo, no como quien da golpes al aire; sino que castigo mi cuerpo con la penitencia, en la firme confianza de que no me mortifico en vano. Aquí, como parece por el texto griego, hace alusion el Apóstol al combate de los atletas llamados *pugiles*, que se agitaban meneando los brazos con furor y tirando golpes al aire antes de llegar seriamente á las manos. El verbo griego que corresponde á *castigo*, expresa la accion de los atletas que se maltrataban la cara á puñadas, y á esto parece que alude el Apóstol cuando dice que castiga su cuerpo. ¿Qué excusa, pues, tendrán los cristianos para no mortificar su carne, cuando ven por una parte, que los atletas gentiles vivían en la abstinencia y toda austeridad para alcanzar un premio tan vano y despreciable, y por otra, que aquel grande Apóstol, dado por Dios para maestro y doctor de las naciones, no se contenta con los trabajos verdaderamente grandes del apostolado, sino que vive entregado á los rigores de la penitencia? ¿La condicion angusta y santa de cristianos, la cualidad de nacion santa, de raza escogida, de pueblo favorecido de Dios, bastará acaso para salvarnos, sin la austeridad de la vida? San Pablo asienta que no, y para ocurrir al mal de esta falsa confianza, dice: No ignorais que nuestros padres estuvieron todos bajo de la nube, que todos pasaron el Mar rojo, que todos comieron de una misma vianda, que todos fue-

ron bautizados por Moises en la nube y en el mar: pero todas estas gracias, todas estas maravillas obradas en su favor, no embarazarón el que la mayor parte de ellos pereciesen en el desierto por haber disgustado á Dios despreciando sus órdenes. Hermanos míos, estas cosas eran figuras que se ordenaban en nosotros, para que no nos dejemos arrastrar del mal, y para que nos aprovechemos de aquel ejemplo. El que juzga que está firme, cuide no caiga. ¿Queremos asegurar nuestra salvacion? Sigamos el espíritu y las máximas de la Iglesia. Bien se echa de ver que San Pablo no pretende hablar aquí del bautismo propiamente tal: quiere que se entienda, que lo que pasaba entónces era figura del bautismo de la ley nueva. La nube que hacia sombra y guiaba á los Israelitas por el día y los alumbraba por la noche, es figura del Espíritu Santo, que con su gracia nos protege, nos dirige y nos alumbrá. La salida de Egipto, el fin de la esclavitud, el tránsito del Mar rojo, significan la salida del pecado y de la esclavitud en que nos tenía el demonio: tambien significa nuestra regeneracion por las aguas saludables del bautismo. Moises, libertador de los Israelitas y mediador entre Dios y su pueblo, es figura de Jesucristo, verdadero libertador del género humano y mediador por excelencia entre Dios y los hombres.

El maná que Dios hacia llover caia para todos igualmente; y el Apóstol llama á esta vianda *espiritual*, porque era representacion y figura del cuerpo de Jesucristo, dado á los fieles para su alimento espiritual en la sagrada Eucaristía. Tambien llama espiritual á la bebida de los israelitas, porque igualmente era figura de la sangre de Jesucristo, ofrecida por todos los hombres en la cruz en el sacrificio de la misa. Finalmente, el ejemplar terrible que nos presenta en la muerte de mas de seiscientos mil hombres capaces de llevar las armas, que salieron de Egipto, y de los cuales solo dos, que fueron Josué y Caleb, entraron á la tierra de promision, nos anuncia el corto número de los escogidos, y la ruina de todos los que, desobedientes á la ley de Dios, perecerán por no haber cumplido su voluntad divina.

El Evangelio de la misa de este día es del capítulo XX de San Mateo, en el que Jesucristo propone la parábola de los obreros tomados á jornal para la vina, dándoles el mismo salario tanto á los últimos como á los primeros. Queriendo el Salvador darnos con esto una justa idea de la economía de la gracia y de la salvacion, se sirve de esta parábola para explicarnos este misterio. Figúraos, di-

ce, á un padre de familias, que queriendo hacer cultivar su viña, sale al amanecer, va á la plaza, apalabra á unos trabajadores, los envía á su viña al romper el día, y ofrece dar á cada uno de ellos un denario de jornal por cada día. Cerca de las nueve, queriendo aumentar los trabajadores para acabar ántes la obra, envía otros por el mismo precio, y les dice que vayan á trabajar á su viña. No pareciéndole bastante este número, vuelve á la plaza tres horas despues, y con las mismas condiciones, envía mas gente. En fin, la impaciencia que tiene de ver su viña cultivada del todo, es tan grande, que sale por la tarde, y sin considerar que no quedan mas que dos ó tres horas de día, habiendo encontrado gentes ociosas, les dice: ¿Cómo estais aquí sin hacer nada en todo el día? Porque nadie nos ha ocupado, le responden. Bien está, les dice; id, pues, á trabajar á mi viña, que no lo perderéis. El trabajo de estos obreros no fué igual: los unos trabajaron mucho ménos que los otros; y no obstante esto, todos recibieron la misma paga. A la tarde, dice el Evangelio, dijo el amo á su mayordomo: Haz venir á los trabajadores, y págales empezando por los últimos y acabando por los primeros. Creyeron estos que habiendo ido al trabajo primero que los otros, les darian algo mas. Pero viendo frustradas sus esperanzas, empezaron á murmurar y á quejarse: Es bueno, decian, que estas gentes han venido mucho despues que nosotros: no han trabajado mas que una hora: nosotros hemos trabajado todo el día: ellos han venido por la tarde, con la fresca: nosotros hemos sufrido todo el calor del medio día: ellos no han hecho mas que presentarse: nosotros hemos trabajado y sudado doce horas; ¿por qué, pues, á todos se nos hace iguales en la paga? Amigos, les respondió el padre de familias, no os hago el menor agravio: el denario que os doy, es todo lo que se os debe por vuestro jornal; en esto nos hemos convenido; si yo quiero dar á estos últimos tanto, como á vosotros, ¿es haceros injusticia el ser liberal con ellos? No soy yo dueño de mi dinero! ¿No puedo disponer de él á mi arbitrio! ¿Por qué habeis de mirar con ojos malignos y envidiosos el bien que se hace á vuestros prójimos, como si os robaran á vosotros lo que se da á ellos? ¿Acaso vuestra malicia me ha de impedir el que yo sea bueno? *En verdad os digo*, concluye el Salvador, *que muchos que vendrán los últimos, ocuparán los primeros puestos: porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* No hay cosa mas clara que el sentido de esta parábola.

El padre de familias es Dios; el cual desde que empieza á rayar

en nosotros el uso de la razon, nos convida como desde romper el día á trabajar en su viña, es decir, á cultivar nuestra alma con las virtudes; se conviene con nosotros en el salario; esto es, en darnos su gloria al fin de la vida, la que no es mas que un día en comparacion de la eternidad. Pocos hombres hay tan felices, que trabajen en su salvacion desde el momento que pueden hacerlo. No hay edad en que no debamos trabajar en nuestra salvacion. El Salvador, que quiere la salvacion de todos los hombres, ha querido excitar la confianza de los mayores pecadores, y aun de aquellos que habiendo pasado toda su vida en los mas horrendos desórdenes, y en el mas profundo olvido de Dios, se encuentran en la última hora. Esta parábola nos enseña que jamas debemos desconfiar de la misericordia de Dios, aunque nos háyamos envejecido en el pecado, con tal que de veras nos volvamos á Dios por tarde que sea. A la verdad, las conversiones hechas al caer el día, son raras; y aun serian muy dudosas, por no decir falsas. Si perseveramos en el delito en la esperanza presuntuosa de convertirnos en el último día de nuestra vida, advirtamos que no ha llegado todavía el fin de este día. Todavía es tiempo de recibir la recompensa, con tal que bajemos seriamente y con fervor en nuestra vida. Dios no mira tanto el trabajo como el fervor con que se trabaja.

La Epístola es del capítulo IX y X de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: ¿No sabeis que los que corren, en el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal manera que le ganeis. Ello es que todos los que han de luchar en la palestra, guardan en todo una exacta continencia: y no es sino para alcanzar una corona perecedera; al paso que nosotros la esperamos eterna. Así que yo voy corriendo, no como quien corre á la ventura: peleo no como quien tira golpes al aire; sino que castigo mi cuerpo, y le esclavizo; no sea que habiendo predicado á los otros, venga yo á ser reprobado. Porque no debeis ignorar, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos á la sombra de aquella nube; que todos pasaron el mar, y que todos bajo de Moises fueron bautizados en la nube y en el mar; que todos comieron el mismo manjar espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual (porque ellos bebían del agua que salía de la misteriosa piedra, y los iba siguiendo; la

cuál piedra era Cristo.) Pero la mayor parte de ellos desagradaron a Dios.

El Evangelio es del capítulo XX de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos se parece a un padre de familias, que al romper el día salió a alquilar jornaleros para su viña, y ajustándose con ellos en un denario por día, enviólos a su viña. Saliendo despues cerca de la hora de tercia se encontró con otros que se estaban mano sobre mano en la plaza y díjoles: Andad tambien vosotros á mi viña y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Otras dos veces salió á eso de la hora de sexta y de la hora de noua, é hizo lo mismo. Finalmente, salió cerca de la hora undécima y vió á otros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo os estais aquí ociosos todo el día? Respondieronle: Es que nadie nos ha alquilado. Díjoles: Pues id tambien vosotros á mi viña. Puesto el sol dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros. Venidos pues, los que habian ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les daría mas. Pero no obstante, estos recibieron igualmente cada uno su denario. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no han trabajado mas que una hora, y los has igualado con nosotros que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta dijo á uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Toma pues lo que es tuyo, y vete: yo quiero dar á este, bien que sea el último, tanto como á tí. ¿Acaso no puedo hacer yo lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo malo, porque yo soy bueno? De esta suerte los postreros serán primeros, y los primeros postreros. Muchos empero son los llamados, mas pocos los escogidos.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del día.

Considera que el Padre de familias es Dios, que nos ha puesto en este mundo para trabajar, para obrar en nuestra salvacion, y no para acumular riquezas. Todo el trabajo de esta vida, por

corta, ó larga que sea no es sino trabajo de un día, despues del cual recibiremos nuestra recompensa. ¡Qué bondad la de nuestro Dios en llamarnos y buscarnos desde la mañana hasta la tarde, esto es, desde el principio hasta el fin de nuestra vida! El nos llama por medio de los ángeles, de los predicadores y confesores; nos llama por medio de los libros santos, de los buenos ejemplos, de las inspiraciones, de los accidentes funestos; y aun tambien por medio de nuestras propias desgracias y prosperidades. ¡Cuánto tiempo ha que reprende tu pereza, y el poco cuidado que pones en el negocio de tu salvacion? ¡Cuánto tiempo ha que te está diciendo: Qué haces ahí ocioso todo el día: ve á trabajar en mi viña y te daré tu jornal?

Considera que esta viña es tu alma, en la que debes trabajar desde por la mañana hasta la tarde para que dé el correspondiente fruto. ¿Mas cómo podrás ser verdadera viña, si no estás unido á Jesucristo que es la vid eterna, que da vida y vigor á cualquiera otra que quiera ser viña verdadera y fructuosa; porque solo aquel que mora en Cristo, y en quien Cristo mora, es el que da fruto, y fruto ópimo y abundante; pues sin esta vid no podemos dar fruto alguno. Pero ¡oh, y cuánto se trabaja en una viña para hacerla fecunda! Se ata, se poda, se abona. Llorra la vid cuando es podada; y si tuviese sentido se lamentaría quejándose de que se le hacia mal; mas el labrador le respondería, que esto era necesario para su bien, y que de otro modo seria arrojada al fuego por inútil. Lloras tú y te lamentas, cuando Dios te quita los bienes, cuando te quita la salud, ó aquello que amas. ¿Pero te asiste la razon? Si Dios no obrase contigo de este modo no darías fruto alguno. ¡Ah! toma tú mismo la podadera y corta aquello que encuentres superfluo, ó en que conoces que se va inútilmente el jugo que debes á tu Dios; córtalo con valor, porque te ves en la indelible alternativa de sufrir, ó aquí el hierro, ó despues el fuego.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Ah Señor, que yo no tengo fuerzas ni el valor necesario para cortar y desprender de mí lo que hace tanto tiempo está impidiéndome acudir con el fruto correspondiente á la gracia que tan liberalmente me habeis dado! Hoy por vuestra bondad me animo ya á pedir, que vos mismo corteis y separeis de mí á las criaturas perniciosas que os roban lo que vos solo debéis poseer en mí. Esta es ya

en mí, una saludable disposición que debo á vuestra inspiracion; pero no corresponderia á la gracia que me dispensais, ni seria yo el operario de la viña de mi alma, si rehusase poner el medio positivo que me ordenais para cortar y apartar de mí la criatura enemiga: yo mismo quiero hacerlo, y sin dilacion alguna, confiando en el esfuerzo que me comunicará vuestra virtud soberana.

JACULATORIA.

¡Oh Dios! ¿Qué pudiste hacer en favor de mi viña, que no hayas hecho? Haz que yo corresponda á tu benigno influjo.

LECCION.

Sobre el propio desprecio.

Del conocimiento de Dios, del de nosotros mismos, y del de la multitud de pecados que cada día cometemos, se sigue necesariamente que debemos humillarnos y abatirnos cuanto sea posible, y desear ser despreciados de todos, pues que hemos despreciado al Criador de todo. Miremos, dice San Buenaventura, nuestra gran vileza, y la grandeza de la ofensa divina, y humillémonos ante Dios cuanto sea posible. Esfórcémonos y tomemos armas contra nuestra misma malicia y juzguémonos nosotros mismos para no ser juzgados el día terrible de las venganzas del Eterno. Diga cada uno dentro de sí: Si por los pecados que yo hice, mi Dios y Señor fué tan envilecido, atormentado y afligido, ¿cómo dejaré yo de abatirme y despreciarme, siendo yo el mismo que pecé? Efectivamente, somos unos perversos y desconocidos, que á cada paso ofendemos y despreciamos á Dios: mas nos mueven los falsos halagos de la peor de las criaturas, que los beneficios del Santo por esencia, autor y conservador de todas ellas: mas nos agrada la malicia diabólica, que el amor divino: ni este nos atrae al bien, ni los juicios de Dios nos separan del mal. Cuanto está de nuestra parte escarneckemos y conculcamos el poder, la sabiduría, la bondad de aquel que nos crió, y lo que es mas, nos redimió. Mas tememos desagradar á un hombre flaco, que á la Omnipotencia de todo un Dios; mas apreciamos las vanas delicias del mundo, que los infinitos tesoros y riquezas de la gloria.

Las mismas insensibles criaturas dan voces contra nosotros. Estas son, dicen ellas, los que usaron mal de todas nosotras; pues ha-

biendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hicieron servir á la voluntad de su enemigo, volviéndole en injuria lo que él habia criado para su servicio. Borraron de sus almas la imagen hermosa de Dios: se hicieron mas terrenas que la tierra, mas viles que la despreciable ola, mas mudables que el viento, mas endurecidos que las piedras, mas crueles contra sí mismos y sus hermanos que las fieras y basiliscos: y no temen á Dios; desprecian á los hombres. No se contentan con injuriar ellos solos á Dios; atraen tambien á los demas para hacerlos compañeros de su delito: es tan grande su soberbia, que si Dios no les cumple sus apetitos, ó les manda la parte de adversidades que les toca llevar en este mundo, al momento se airan contra él, como contra uno de sus criados, y aquí es donde se estrellan los buenos propósitos; hasta aquí dura el servicio de Dios. En lo malo y en lo bueno desean ser alabados, juntémoslos, pues, y distribuyémoslos. La tierra dice: No le sustentaré: el agua, no le refrigeraré: el fuego, no le calentaré: el aire, no le dará aliento. ¿A dónde pues, iremos? ¿A Dios? Le hemos menospreciado. ¿A los ángeles? Los hemos enojado. ¿A los santos? Los hemos deshonrado. ¿A los hombres? Los ofendimos y escandalizamos. ¿A las demas criaturas? Todas están ofendidas; todas son nuestros enemigos: nadie está de nuestra parte; nuestra misma conciencia nos acusa; nuestras mismas entrañas nos despedazan.

Lloremos pues, como unos miserables, sin poner fin á nuestras lágrimas mientras vivamos en este valle de miserias, esperando nos perdone nuestro Salvador. Humillémonos ante su soberana presencia, y confesemos nuestras iniquidades y pecados, para que estienda su misericordia, pues que su bondad puede mas que nuestra maldad: hagamos se regocije el Padre amoroso con la vuelta de su hijo pródigo: que el buen Pastor celebre el encuentro de la oveja perdida, y la muger piadosa el hallazgo de la dracma extraviada. Mas para alcanzar estos beneficios, es preciso armarnos contra nosotros mismos, confundirnos y humillarnos. Busquemos por todas partes las penas y trabajos; despreciémosnos como un cieno hediondo. Alegrémonos pues, en las deshonras, venamos por la parte que vinieren. Gozémonos en nuestra confusion: apetezcamos las penas y desprecios: sírvannos de tormento las consolaciones y honras de esta vida; ellas sean para nosotros unos amigos engañosos y lisongeros. En todas las cosas no busquemos sino la honra de Dios y la confusion y desprecio nuestro.

De todas estas reflexiones resulta que debemos tener dolor de los pecados cometidos, temor á Dios, un odio santo de nosotros mismos, y por lo propio un deseo vivo de ser menospreciados. De lo primero nace la penitencia que lava todos los pecados pasados; de lo segundo la preservacion de los venideros; por lo tercero se alcanza la victoria del amor propio, y por lo cuarto la verdadera humildad, escala segura y al mismo paso indispensable para la gloria. Esta es la fuente de donde se coge agua para criar el propio aborrecimiento: ella es tambien la que sustenta todas las virtudes: por lo mismo debemos procurar alcanzarla; para esto sirve mucho el reflexionar sobre la condicion y miserias de nuestra vida, para que por ellas veamos cuán vana es la gloria de este mundo; pues se funda en tan flaco y deleznable cimiento, y cuán en poco nos debemos estimar; pues que estamos sujetos á tantas miserias. Si descubrimos nuestro origen y nacimiento, no encontraremos mas que vileza: la humildad de nuestra concepcion; el pecado original con que somos concebidos; las injurias y dolores con que nacemos; la fragilidad y miseria de nuestro cuerpo, todo, todo nos patentiza nuestra nada. Lo mas apreciable que al parecer tenemos es la vida, y esta ¿cuán breve no es? Pues que su mas largo periodo es de setenta á ochenta años, porque si á mas se extiende, todo es trabajo y dolor; y si de este periodo se quitan los primeros años de la niñez, y el tiempo del sueño, encontraremos que el que mas vive no pasa de veinte y cinco á treinta años. Y si este poco de vida lo comparamos con lo venidero, ¿no somos unos necios en querer gozar mas bien de este soplo de vida tan breve, esponiéndonos á perder el descanso de aquella que ha de ser eterna?

A esto se añade la incertidumbre, y es otra de las miserias de esta vida, pues no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay no está seguro, sino dudoso. Porque á la verdad, raros son los que llegan á los setenta años; los mas mueren en la niñez; si no en esta, en la juventud. Y si no, acordémonos de los compañeros de nuestra infancia, y ¿cuán pocos encontramos! ¿Qué se han hecho tantos amigos, tantas personas ilustres? ¡Cuán cierto es lo que dice San Pablo! *El tiempo es corto; lo que resta es, que los que tienen mugeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran como si no llorasen; y los que se alegran como si no se alegrasen; y los que compran, como si no posesyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este*

mundo. Efectivamente, no es mas que una sombra, una figura, un relámpago: es un vaso delicado y frágil, que se rompe á cualquiera aire. Un poco de sol ó de agua basta para despojarnos de ella. Si reflexionamos sobre sus mudanzas, no seremos capaces de numerarlas: el cuerpo nunca está en la misma disposicion: el alma siempre anda como la mar, alterada por diversos y contrarios vientos; apenas comienza á separarse del escollo de una pasion, cuando da en el de otra. Toda nuestra vida no es sino un movimiento continuo y desconcertado; una candela que mientras mas arda mas se gasta; una flor que se abre á la mañana, al medio dia se marchita, y á la tarde se seca. Ella en fin es un valle de lágrimas, un piélago de infinitas miserias, cuyo puerto es la muerte; pues que el cuerpo se despoja de todas las cosas porque tanto anhela, y el alma se previene para una situacion que tal vez sabe ó por lo ménos presume no será la favorable, pues su modo de obrar la condena. Vivamos por tanto de modo que aun podamos evitar tan terrible desgracia: despreciémonos conforme la sentencia del Evangelio: *El que aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna.*

Domingo de Sexagésima.

El Domingo de Sexagésima no tiene otro misterio en su nombre, sino el número de seis semanas hasta el Domingo de pasion; y los cuarenta dias de ayuno para aquellos que antiguamente dejaban de ayunar los Jueves ó los Sábados, y que por consiguiente comenzaban la cuaresma el dia siguiente al Domingo de Sexagésima; así como empezaban los ayunos en la Septuagésima los que habian de dejar de ayunar los Jueves y los Sábados de cuaresma. La Iglesia que destina este tiempo para celebrar el misterio de la redencion, nos presenta en las lecciones de escritura del oficio divino como un compendio de toda la historia del humano linage en lo concerniente á la caída del hombre y su reparacion, describiéndonos en la semana de Septuagésima la creacion del mundo y su historia hasta Noé; en la de Sexagésima el diluvio universal y los sucesos posteriores hasta Abraham; y en la Quincuagésima nos presenta á Abraham escogido por Dios y colocado en la tierra de promision, figura de la pa-

tria celestial, á la que son destinados los verdaderos creyentes, mediante la redencion que habia de obrar el verdadero Padre del siglo futuro, de quien Abraham era solo figura.

Algunos consideran al Domingo de Sexagésima, como consagrado tambien en parte para honra y gloria del Apóstol San Pablo. La oracion de la misa es bajo su advocacion particular; esto es, una súplica hecha á Dios por la intercesion de su Apóstol. La Epístola asimismo contribuye á su honor, pues no es otra cosa que la historia ó descripcion que hace á los corintios el mismo San Pablo, de sus trabajos apostólicos, de los tormentos que habia padecido, de su raptio al tercer cielo, de sus tentaciones, y de todo lo que creyó podia contribuir al adelantamiento de los fieles de Corinto, para vindicar el honor de su apostolado que los enemigos de la Iglesia habian intentado desacreditar entre aquellos fieles.

No bien habia salido el Apóstol de los confines de Corinto, cuando irritado el demonio de las prodigiosas conquistas que habia hecho para Jesucristo en aquella ciudad, envió á ella á sus emisarios. Eran estos unos falsos apóstoles que repugnando la doctrina evangélica, trataron de desacreditar á aquel su integérrimo predicador, diciendo que no habia recibido su mision ni de Jesucristo ni de los primeros apóstoles: que tampoco habia dado pruebas de su apostolado: que no era ménos despreciable por sus talentos que por su personal; y que por lo mismo, su doctrina debia serle sospechosa. Como estos embusteros afectaban en su exterior cierto aire de modestia y de piedad que engañaba á los simples, se iban adquiriendo muchos admiradores y secuaces. Noticioso San Pablo de los progresos que hacian estos seductores contra la religion, bajo el pretexto de que no tiraban contra ella, sino solo contra la persona y la mision de aquel que ellos llamaban intruso en el apostolado, se vió obligado á emplear todos los medios necesarios para impedir un mal tan grande y de tanta trascendencia, á fin de que abriesen los ojos los que ya habian caído en el lazo. Para ello era indispensable quitar la máscara á aquellos falsos profetas, y hacer patente la autoridad de su mision; así como el buen desempeño que le habia prestado, y que, á pesar de su profunda humildad, les presenta en la historia de su vida, para hacer ver por ella que en nada desmerecia su confianza, pues que la doctrina evangélica que les habia predicado se veia secundada por la conducta que correspondia en un Apóstol de Jesucristo. Comienza ingeniosa y humildemente disculpándose de lo que va á decir en su

favor: bien sé, les dice, que no es de cuerdo el alabarse; pero tambien sé que sois bastante caritativos, y que por lo mismo sufrireis con paciencia mi necesidad; porque siendo vosotro sabios, sufris de buena gana á los que no son; quiere decirles, que siendo sabios y moderados, no deben tener pena en soportar las flaquezas; mucho mas, cuando habian sufrido la altivez, la altanería y las vejaciones de aquellos que habian dado ocasion para que su paciencia se pudiese á pruebas, mucho mas duras que las á que él los ponía por las alabanzas que haria de sí mismo. Lo digo para mi confusion y quizá tambien para la vuestra: al paso que mostrais tanta deferencia á esos impostores, nos mirais como á gente débil y despreciable, porque no os hemos tratado con la altanería que ellos; pero si vuestros pretendidos apóstoles se glorían de ser judíos, yo tambien lo soy: si ellos se llaman hijos de Abraham, tambien yo: si se apellidan ministros de Jesucristo, yo lo soy, y mas que ellos, pues he sufrido mas prisiones y mas trabajos: he sido azotado cruelmente, y me he visto muchas veces á punto de anegarme en la mar. Cinco veces recibí de los judíos treinta y nueve golpes de azote; tres veces he sido azotado con varas. El Santo Apóstol prosigue refiriendo todos los peligros en que se habia visto, y todo lo que habia tenido que sufrir de parte de los falsos hermanos. Como el ministerio de Jesucristo y de sus apóstoles es un ministerio de penas, de persecuciones y de sufrimientos, S. Pablo prueba por aquí la legitimidad y verdad de su mision y de su apostolado: una vez, les dice, he sido apedreado, tres veces he padecido naufragio, un dia y una noche he estado en lo profundo del mar. San Juan Crisóstomo y Santo Tomas creen que San Pablo estuvo un dia y una noche en alta mar despues de un naufragio, ó nadando, ó manteniéndose sobre una tabla luchando con las olas, con los vientos y con la muerte misma. Añadid á esto, prosigue el Apóstol, el cuidado de todas las Iglesias, y el peso de los negocios de que estoy rodeado; á mas de lo que sufre mi corazon por el ardor de mi caridad universal y de mi zelo. ¿Quién está enfermo, que yo no me enferme con él? ¿Quién da una caída, un tropiezo, que yo no sienta un vivo dolor.

Yo sé, continúa San Pablo, que vuestros falsos profetas se glorían de ser favorecidos de Dios, y quieren engañaros con la relacion pomposa de sus pretendidas revelaciones; pero sabed, hermanos míos, que Dios no se comunica á los que no tienen su espíritu ni se sujetan á su Iglesia. Mas por cuanto ellos procuran sorprenderos con falsos

supuestos, me veo obligado á descubrirlos yo mismo delante de Dios los singulares favores de que me ha colmado, aunque había determinado sepultarlos en un silencio eterno. Porque si yo quisiera gloriarme, no me gloriaré sino en cosas que me humillen. Ni me conviene gloriarme; pero ya que me veo precisado á ello por la necesidad de defenderme de mis calumniadores, os dire: que yo sé que un hombre que está en Jesucristo fué arrebatado catorce años ha hasta el tercer cielo; si fué con el cuerpo ó en éxtasis, no lo sé; Dios lo sabe; solo sé que oyó allí cosas llenas de misterios, de las que no es permitido al hombre hablar. San Pablo habla aquí en tercera persona por la modestia y humildad que no le dejaban entera libertad para describir en términos formales aquel favor celestial que había recibido de Dios. El tercer cielo, á que fué arrebatado, es la habitación de los bienaventurados, y Dios le descubrió allí los mas secretos misterios de la religion cristiana; tales, que segun San Agustín y otros muchos Santos Padres, eran sobre la capacidad del espíritu humano. Preciado el Apóstol á descubrir aquellos favores, ocurre al instante á humillarse, declarando que el Señor; para que no se ensoberbeciese con la grandeza de las revelaciones, había permitido que le mortificase el aguijón de la carne, de que le había pedido muchas veces lo librase; pero que el Señor no había accedido á su peticion, consolándolo con que su gracia bastaba para sostenerle en la virtud, porque esta se perfecciona en la debilidad, esto es, se forma y vigoriza con el hecho mismo de pelear contra la propia flaqueza.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo VIII de San Lucas. Habiendo ido el Salvador á la ribera del lago de Genezaret, que se llamaba el mar de Galilea; una multitud de pueblo, que venia de las ciudades vecinas se juntó al punto al derredor de él, de modo que le fué preciso entrar en una barca que estaba á flete, desde donde, habiéndose sentado, comenzó á instruir á aquella tropa de oyentes que estaba á lo largo de la ribera. El modo de enseñarles era poniéndoles, como se dijo ya, parábolas tan agradables como útiles; y con estas comparaciones familiares les expresaba como en una pintura, las diversas disposiciones, y los diferentes estados de las almas, de un modo tan inteligible aun en los espíritus mas groseros, que cada uno comprendia lo que queria enseñarles.

Ved aquí la primera parábola que les propuso: Salió el sembrador á sembrar su semilla sobre la tierra; mas habiendo caído una

parte de la semilla en el camino real, la pisaron los pasajeros y la desmenuzaron, ó se la comieron las aves: otra parte arrojada á un parage muy pedregoso, en que el grano tenía poca tierra, nació presto porque la tierra no era profunda; pero apenas salió el sol, cuando el aire solano quemó la yerba, y está se secó por no tener honda la raíz. Otra parte cayó en un parage lleno de espinas, las que crecieron y la sofocaron. En fin, habiendo caido lo restante en buena tierra, echó raíces el grano, creció, y produjo espigas tan hermosas y tan llenas, que unas dieron ciento por uno, otras sesenta, otras treinta.

Despues de esto levantó la voz para llamar la atencion de sus oyentes y hacerles advertir las últimas palabras que formaban la conclusion y contenian el sentido de la parábola: con todos hablo, les dijo, y especialmente con aquellos á quienes el Espíritu Santo abre los oidos del corazon para oir lo que digo y penetrar el misterio que en esto se encierra. Esto dió ocasion á los discípulos, para que luego que estuvieron solos con el Señor, le preguntasen por qué cuando hablaba con el pueblo se servia de parábolas. Para hacer comprender mejor, les dijo, á este pueblo grosero, unas verdades y una moral que les son extrañas, y que exceden á la capacidad de su espíritu. Porque el don de inteligencia, añadió, no es dado á todos; yo os lo he dado á vosotros con preferencia á muchos otros, porque os he elegido para que enseñeis á todo el mundo; para que lleveis las luces de la fé y prediqueis el Evangelio á todo el universo. Los conocimientos puros y perfectos son para las almas dóciles que tienen un verdadero deseo de ser instruidas, y que están siempre dispuestas á oir á Dios y aprovecharse de las luces que reciben. A solas las almas así dispuestas, á solas las almas puras como sois vosotros, se concede el penetrar bien las máximas de la fé y las verdades de la ley nueva. Por lo demas, el hablar yo por figuras á este pueblo, añadió el Señor, es por el abuso voluntario que hace de las gracias y de los beneficios de Dios, pues oyendo todos los dias mis instrucciones, no se hacen mejores ni son mas dóciles; se contentan con escucharme, sin cuidar de poner en práctica lo que oyen; y para que sean menos excusables y puedan entender mejor las verdades que les enseño, me sirvo de las comparaciones mas sensibles y fáciles. Pero su poca docilidad verifica bien lo que dijo de ellos el profeta Isaías: Vosotros vereis con vuestros ojos, y no vereis; oireis con vuestros oidos, y no entendereis; pues despues de haberme

oído, nada hacen de lo que les he enseñado. Vosotros dad gracias á Dios porque se os ha dado el conocer el misterio del reino de Dios, es decir, todo el fondo de la religion evangélica: á vosotros digo, que abris los ojos á la luz, y solicitais ser instruidos. Pero por lo que mira á los que solo muestran indiferencia hácia la verdad; estos la tienen delante de los ojos, y no la conocen; la oyen y no la comprenden.

Aunque esta parábola era fácil de comprender, tuvo á bien el Salvador explicar el sentido moral que encerraba. La semilla, dijo, es la palabra de Dios: este grano es excelente; pero halla poca tierra buena: unos oyen la palabra de Dios con un espíritu disipado, con un corazon abierto, como camino real, á toda suerte de objetos, en los cuales las vanas fantasmas del mundo entran á toda hora, y hallan buen hospedage. El demonio, que está en acecho y que procura valerse de su mala disposicion, roba tan fácilmente de su corazon esta semilla divina, como las aves se llevan el grano que encuentran en los caminos. Otros oyentes hay un poco mas atentos; pero su corazon es como las tierras pedregosas, en las cuales el trigo no puede echar hondas raices. Hay otros que no están de todo punto sordos á la palabra de Dios; les entra por el oido y aun les llega al corazon; pero á poco tiempo la sofocan con los cuidados y solicitudes de los bienes criados, con las puntas del deleite, y con las espinas inseparables del amor del placer y de las riquezas. Finalmente, hay almas puras, fervorosas y bien dispuestas, que, como las tierras fértiles, nunca reciben la palabra de Dios en vano; al punto prende en ellas, nace y produce una mies de las mas abundantes. La semilla divina no es solamente esta palabra de Dios que nos anuncian sus ministros, sino tambien palabra de Dios interior, esto es, la gracia, la cual sola puede dar la eficacia á la palabra exterior. Recibamos esta preciosa semilla con un corazon recto y bien dispuesto, con un deseo ardiente y eficaz de ponerla en práctica, que así producirá un fruto cien doblado. Conservemos esta divina semilla; no permitamos que las aves se la lleven; estemos alerta contra los artificios y esfuerzos del demonio, contra los asaltos impetuosos de las pasiones, contra el tumulto de nuestro propio corazon, contra las violencias de las persecuciones, contra las artes de nuestro amor propio. Seamos fieles en seguir las santas inspiraciones: seamos generosos en poner en práctica lo que Dios nos dice y nos manda; suframos con paciencia las contradicciones, y aguardemos con paciencia el tiempo de la cosecha.

La Epistola es de los capítulos XI y XII de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Porque sois prudentes, aguantais sin pena á los imprudentes. Porque vosotros aguantais á quien os reduce á esclavitud, á quien os devora, á quien toma vuestros bienes, á quien os trata con altanería, á quien os hiere en el rostro. Digo esto con confusion mia; pues en este punto pasamos por sobrado débiles. Pero en cualquier otra cosa de que alguno presumiere (hablo sin cordura), no menos presumo yo. ¿Son hebreos? Yo tambien lo soy. ¿Son Israelitas? Tambien yo. ¿Son del linage de Abraham? Tambien lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? Aunque me exponga á pasar por imprudente, diré que yo lo soy mas que ellos; *pues me he visto en muchísimos mas trabajos, mas en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente.* Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes ménos uno. Tres veces fui azotado con varas: una vez apedreado: tres veces naufragué: estuve una noche y un dia como hundido en alta mar; *me he hallado en penosas viages muchas veces: en peligros de rios, peligros de ladrones, peligros de los de mi nacion, peligros de los gentiles, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos: en trabajos y miserias, en muchas vigiliias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frio y desnudez.* Fuera de estas cosas exteriores, cargan sobre mi las ocurrencias de cada dia por la solicitud de todas las iglesias. ¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me requeme? Que si es preciso gloriarse de alguna cosa, me gloriaré de aquellas que son propias de mi flaqueza. Dios, que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que es para siempre bendito, sabe que no miento. Estando en Damasco, el gobernador de la provincia por el rey Aretas, tenia puestas guardias á la ciudad para prenderme: mas por una ventana fui descolgado del muro abajo en un seron, y así escape de sus manos. Si es necesario gloriarse, (aunque nada se gana en hacerlo) yo haré mencion de las visiones y revelaciones del Señor. Yo conozco á un hombre en Cristo, que catorce años ha (si en cuerpo ó fuera de cuerpo, no lo sé, sábelo Dios) fué arrebatado hasta el tercer cielo, y sé que el mismo hombre (si en cuerpo ó fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) fué arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es lícito á un hombre el proferirlas. Sobre seme-

jante sugeto podrá gloriarme: mas por mí, de nada me gloriaré, sino de mis flaquezas. Verdad es que si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente; porque diria verdad: pero me contengo, á fin de que nadie forme de mí persona un concepto superior á aquello que en mí ve ó de mí oye. Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne, un ángel de Satanas, para que me abofeteé. Sobre lo cual por tres veces pedí al Señor que se apartase de mí; y respondióme: Bástate mi gracia; porque el poder mio brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza. Así que, con gusto me gloriaré de mis flaquezas; para que haga morada en mí el poder de Cristo.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Lucas.

En aquel tiempo: Con ocasion de un grandísimo concurso de gentes que de las ciudades acudian presurosas Jesus, á dijo esta parábola: Salíó un sembrador á sembrar su simiente; y al esparcirla, parte cayó á lo largo del camino, donde fué pisoteada, y la comieron las aves del cielo: parte cayó sobre un pedregal, y luego que nació, secóse por falta de humedad; parte cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla. Parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, exclamó en alta voz: El que tenga oidos para escuchar, atienda. Preguntábanle sus discípulos cuál era el sentido de esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es esta: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados á lo largo del camino, significan aquellos que la escuchan, sí; pero luego viene el diablo y se la saca del corazón, para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal, son aquellos que oida la palabra, recibenla; sí, con gozo; pero no hecha raíces en ellos, y creen por una temporada, y al tiempo de la tentacion vuelven atras. La semilla caída entre espinas, son los que la escucharon; pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan, y nunca llega á dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra, denota aquellos que con un corazón bueno y muy sano oyen la palabra de Dios, la conservan, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.

MEDITACION

Sobre el Evangelio del día.

Considera que Jesucristo es quien siembra buenos pensamientos en nuestro entendimiento y santos deseos en nuestro corazón; los cuales producen la santidad, la paz y la alegría. Mas este corazón se asemeja á una tierra, que de sí misma no es capaz de producir mas que abrojos y espinas; pero que en las manos de Dios puede hacerse fructuosa siempre que aparte de sí las piedras del endurecimiento y las espinas de los afanes, riquezas y deleites de esta vida; y que asimismo se sustraiga del comercio del mundo, que holla en él la semilla; y dé la ocasion peligrosa, en que el diablo viene y le roba este buen grano. Así es nuestro corazón; sin la gracia de Dios no puede hacer, ni pensar, ni desear cosa alguna que conduzca á la salvacion; mas con la divina gracia produce frutos de vida eterna: ni el corazón solo, ni sola la gracia, hacen nacer la virtud y las buenas obras, sino el corazón ayudado y fortificado por la gracia. ¡Ah, mira bien si en tí se dan estas circunstancias! Yo sé que el Sembrador divino no ha dejado de arrojar sobre tí la excelente semilla de su divina palabra; mas no sé si la han ahogado las espinas de las pasiones que alimentas, ó si ha caido entre las piedras de tus pecados, que le impidan echar raíces; ó si has sido para ella un camino de disipacion y divertimento, que haya dado lugar á que el enemigo como la haya rodado. Examine bien, en la inteligencia de que si te encuentras en alguna situacion de estas, pereció para tí la semilla evangélica.

Considera que una tierra cultivada, regada con las lluvias del cielo y que fructifica, recibe las bendiciones de Dios; mas aquella que á pesar de esto produce abrojos y espinas, reprobada es y maldita del Señor. Aquella le merece que arroje de sus términos al aquilon del mundo y la soberbia que todo lo seca, abrasa y destruye; y que llame y convide al Austro saludable, sople vivificador del espíritu divino, para que sople en ella y la fecunde. Mas al contrario la tierra resistente á la disposicion é influjo soberano del Señor: á ella es quitado este sople de vida, que tan ingratamente desprecia; y es abandonada á merced del aquilon furioso, que en breve seca y marchita su verdor, y la convierte en un campo estéril, cubierto de arena, ó fecundo solo en plantas venenosas y mortíferas. ¡Oh, y cuánto nos importa corresponder á la divina gracia! ¡Cuánto nos intere-

sa conservar la semilla que haya arraigado y fructificado en nosotros; puesto que el que hoy es un campo fecundo, una sementera abundosa y bien lograda, puede mañana contraer algunos vicios que le hagan perder su fertilidad y su riqueza!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No permitais, Señor, que en mí suceda semejante desgracia: yo conozco bien que la semilla tan rica y de tan suma excelencia que empleais en mí, merece ser recibida en una tierra virgen, en un corazón bueno y dispuesto á recibirla dignamente; pero tambien conozco que la misma semilla comunica su bondad al terreno. Dadme por tanto que de tal modo la reciba, que participe de este bien, y que en él me convie con el auxilio de vuestra misma gracia, sin dar entrada á los vicios que lastimosamente pueden arruinar esta obra.

JACULATORIA.

Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

LECCION.

Sobre las miserias de la vida.

Terrible pensamiento es para el hombre considerar aquel primer instante en que nace, y aquel último en que muere, ni en uno ni en otro sabe el cómo, ni el cuándo, ni el por qué; hoy existe, y mañana ya no es. Dios solo, cuyos secretos nadie conoce, es quien á su gusto determina el tiempo de nuestra existencia, y la duracion de nuestros dias. A unos da solo diez ó quince años, á otros concede ochenta, y ademas de esto, miserias y dolores, pesares y angustias. Antes de nacer somos unos entes miserables, envueltos en la oscuridad del seno materno, y oculto á todo el mundo; llegamos á nacer, y al momento lloramos nuestras desdichas, y presentamos al universo el retrato mas vivo y cabal de la esclavitud y del pecado. La asistencia, el cuidado y esmero del padre y de la madre manifiestan nuestra debilidad é importancia. Todo resuena, todo se resiente y lastima de nuestras miserias y de nuestros gritos, entre tanto llegamos insensiblemente al uso de la razon, para entrar en un nuevo aprendizaje de males y pesadumbres. Una voluntad perpetuamente contrarestada por maestros; una memoria siempre sobre-

cargada de sentencias y palabras, y un cuerpo tierno expuesto incesantemente á los castigos, hacen nuestros primeros años tan tristes como vergonzosos. Esto es tan cierto, tan manifiesto y tan constante, que á pesar del placer que tendríamos en rejuvenecer, no querríamos comprarlos á precio de volver á andar camino tan penoso.

Se sigue la juventud, y cualquiera al verla tan bella la tendrá por una rosa; ¡pero de cuántas espinas no la encuentra rodeada! Tiembra el juicio al pensar en las pasiones de que se vió entonces atacado. Nuestra cabeza aturrida no nos permite escuchar la suave voz de la razon: nuestro corazón que se endurece ó liquida segun las diversas impresiones que recibe, y nuestra alma, hecha una esclava, se sujeta á todas nuestras sensaciones. Las ciencias sirven para darnos á conocer nuestra ignorancia. A la verdad, que solo á fuerza de sudores y fatigas consigue un jóven desenvolver algunas verdades. ¡Cuántas lecciones! ¡Qué de reprehensiones para aprender los principios de algun idioma! El estudio desespera, el trabajo desmaya.

Continuemos registrando nuestras miserias en la adolescencia. En esta los deseos combaten con la prudencia, y las pasiones con la razon. El amor turba el cerebro; la soberbia corrompe el espíritu; el juego arruina la hacienda; la destemplanza destruye la salud; todo conspira á la ruina de la juventud, á manera de una tempestad, en la que las nubes, los relámpagos, la lluvia, los vientos y los truenos parece se conjuran para desarraigar una tierna flor. Si se resiste á la cólera, se rinde á la pereza; si se libra de los vicios, se da en las ridiculeces, ó es un truhan ó un misántropo. Siempre pensando en lo venidero, y nunca en lo presente; siempre en otra parte diversa de donde se existe. De ahí es que los primeros años se pasan en un torbellino que nos quita la vista de nosotros mismos y de nuestros deberes. ¡Qué rareza no es ver en un jóven algunos rasgos de razon y de grandeza de alma? Los hombres en sus primeros años no hacen por lo comun bien alguno, sino por distraccion. La ligereza de sus ideas, la vehemencia de sus deseos, y el hervor de sus humores desordenan todo su interior. La verdad es para ellos un enigma, la ciencia un peso grave, el estudio un cruel tirano, y el trabajo una caso insoportable. Se temen los padres, se aborrecen los maestros, se atormenta á los criados, y cada uno se hace un verdugo, como lo es de los otros. Solo los que gozan de una feliz y cristiana educacion, que son muy pocos, son los que pueden reprimir estos

desgraciados ímpetus; pues por una fatalidad los mas carecen de las instrucciones necesarias para enderezar su j6ven y dirigirlo por donde debe andar: comunmente á unos se les abandona á la ignorancia, y á otros á la lisonja: á unos se les incensa, á otros se les abate; á éstos se les halaga, á aquellos se les vituperá; y á unos y á otros se les adornece, cuando se les debia despertar.

Este es el estado de la juventud; en cuyo estío abrasador nos consumimos y nos devoramos; hasta que llega el tiempo en que á los placeres suceden los negocios, y entonces se apodera de nosotros la ambición y nos tiraniza. Entonces comienzan las inquietudes, siguen los embarazos, y no pensamos ya sino en colocarnos en esta tierra como si fuera nuestra última y eterna morada. Entonces la fortuna es el ídolo que adoramos; el dinero la dicha que solicitamos. Todo, todo se dirige á estos dos objetos: de aquí nacen las astucias, los enredos, las ficciones, las mas veces los delitos. No se solicita mas que intereses y honores: se casa por codicia, se buscan empleos por soberbia, y no se piensa sino en nutrir bien el cuerpo, alojarle con comodidad y vestirle con ostentacion: nuestra memoria y nuestra voluntad sólo sirven á una vida absolutamente sensual.

Bastantes desgracias serian estas para no ser felices; pero las injusticias que nos oprimen, las calumnias que nos persiguen, las enfermedades que nos atormentan, y las tentaciones que nos acongojan, aumentan la cadena de nuestros infortunios, y nos reducen al mas duro cautiverio. No encontramos sino peligros, amigos falsos, ladrones y enemigos: parece que todas las criaturas se arman para nuestra ruina y destruccion: la rosa afita sus espinas; el insecto destila su ponzoña: peligros en las ciudades, peligros en las aldeas, peligros en los mares; en una palabra, siempre los unos suceden á los otros: el miedo nos turba, el desasosiego nos desconcierta.

Este el verdadero retrato de la vida presente, á pesar de que á primera vista nos parece todo risueño: mas en la realidad no está llena sino de angustias, dolores y é incomodidades. Y esto es, no circunstando las miserias del pobre, ni las enfermedades á que estamos expuestos! Para esto seria preciso ir á las cabañas y asistir á los hospitales, y ver el modo con que se rechaza la muerte, que no es otro sino los medicamentos y operaciones, las mas veces peores que la misma muerte. Con razon llamó Job á nuestra vida una continua batalla. A nadie necesitamos preguntár para saber nuestras desdichas; están en nosotros y al rededor de nosotros. Los mas se

confiesan descontentos en su suerte; prueba nada equívoca de que no hay estado libre de desgracias y pesares. Los ricos están devorados por un gusano interior; y los pobres por el hambre: los grandes consumidos por la ambicion y por el tédio; los pequeños despojados por la injusticia, y pisados por la soberbia. ¡Qué de turbaciones dentro de nosotros mismos y en nuestras casas! ¡Qué de ímpetus de cólera que es preciso reprimir! ¡Cuántos pensamientos que es preciso disipar! Una hora nos trae nuevas inquietudes: un minuto nuevos embarazos. Sin duda que pereceremos al peso de estos males, si la religion no nos instruye, si la caridad no nos confortá; estos son los únicos lenitivos que nos pueden hacer soportables las miserias de esta vida; y la acerbidad de tamaños males.

Domingo de Quincuagesima.

El Domingo de Quincuagesima no es menos privilegiado en la Iglesia que los dos antecedentes, y se llama de Quincuagesima, por ser el primer dia de cincuenta antes de la pascua. Desde este Domingo, que precede al primero de Cuaresma, debemos preparar nuestro espíritu á la compuncion y penitencia que hemos de observar en la santa cuaresma.

Pedro de Blois, ó Blesense, dice que los eclesiásticos comenzaban el ayuno de Cuaresma, en la quincuagesima, segun el decreto del papa San Telésforo, que vivia en tiempo del emperador Adriano. Sin duda dió ocasion á este decreto, el que en aquellos primeros tiempos, la mayor parte de los fieles no creian que se debian comprender en los cuarenta dias del ayuno el Viernes y Sábado Santo, cuyos ayunos, como destinados singularmente á honrar la pasion y muerte de Jesucristo, habian sido observados por los mismos Apóstoles, antes que la Iglesia hubiese instituido una ley sobre el tiempo del ayuno cuaresmal. Por este motivo se empezaba la cuaresma desde el ídnes, y se ayunaba cuarenta y dos dias en el espacio de siete semanas.

Ya dijimos en la Dominica antecedente que los oficios nocturnos contienen la historia de la primera y segunda edad del mundo, des-